ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Una afinidad elegida
(Octavio Paz evoca la figura y la obra de José Ortega y Gasset)

Introducción de **José Lasaga Medina**
ORCID: 0000-0001-8825-9874

Perdemos porque ganamos.
Jugadores que, en recordándolo,
¡Arrojan de nuevo los dados!
Emily Dickinson

1

El origen del texto de Octavio Paz, "José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué"[1] que presentamos está en un encuentro entre ambos escritores propiciado por la común asistencia a las terceras Jornadas de *Les réncontres internationales de Genève* en 1951. A Ortega le quedaban apenas cuatro años de vida y aún se encontraba en plena forma. Octavio Paz era un joven poeta, llegado a París unos pocos años antes gracias a un pequeño cargo diplomático, consciente de su propia brillantez y animado por una legítima ambición intelectual acorde con aquélla. Había tenido la inmensa fortuna de adelantar muchos estadios en su proceso de formación al advertir que la obra de Ortega y Gasset y su *Revista de Occidente* conformaban una especie de puente hacia la modernidad europea. En varios lugares de su extensa obra, Paz se muestra simultáneamente consciente y agradecido de esa deuda, que hace extensible a la cultura española del primer tercio de siglo: "Otra nota distintiva de nuestra generación: la influencia de la literatura española moderna. A fines del siglo pa-

[1] Se publicó originalmente en *Hombres en su siglo*. Barcelona: Seix Barral, 1994, pp. 97-110. Paz fecha su redacción en México a 13 de octubre de 1980. El texto ha encontrado su acomodo definitivo en la edición de *Obras Completas*, diseñada por el propio Paz, en su volumen tercero, titulado *Fundación y disidencia. Dominio hispánico*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1991, pp 292 - 302.

Cómo citar este artículo:
Lasaga Medina, J. (2002). Las afinidades elegidas. (Octavio Paz evoca la figura y la obra de José Ortega y Gasset). *Revista de Estudios Orteguianos*, (4), 181-197.
https://doi.org/10.63487/reo.770

Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

sado comenzó un período de esplendor en las letras españolas [...] Nosotros leíamos con el mismo entusiasmo a los poetas y a los prosistas, a Valle-Inclán, Jiménez y Ortega que a Gómez de la Serna, García Lorca y Guillén [...] Por primera vez la tradición hispánica no era un obstáculo sino un camino hacia la modernidad"[2]. En otros lugares extenderá su reconocimiento a sus maestros del exilio republicano español, especialmente a José Gaos[3].

El encuentro fue propiciado por el azar de participar en el mismo congreso, Ortega como conferenciante[4], Paz invitado a participar en los debates. En cualquier caso, la redacción del texto (mucho después, en 1980) con la reelaboración de los recuerdos de aquella conversación entre el poeta y el filósofo en el bar del hotel en que éste se hospedaba contra el cristal que aislaba del Ródano (oportuna proximidad al río-devenir) tiene algo de reconocimiento, quizá también de ajuste de cuentas, de aquella deuda de juventud contraída con la obra de Ortega.

El artículo, escrito "sin notas y fiado a mi memoria", cubre tres aspectos. Hace un somero repaso de los lugares comunes de la leyenda sobre Ortega; resume los motivos centrales de su pensamiento, resumen que condimenta con algunas críticas, y evoca los dos encuentros que tuvieron en Ginebra.

---

[2] Octavio PAZ, *Itinerario*. Barcelona: Seix Barral, 1994, p. 49-50.

[3] Puesto que esta presentación está destinada a una revista que casualmente se llama *Estudios orteguianos* deseo subrayar, a base de datos, el escaso contenido hagiográfico de mis afirmaciones. En el prólogo a la edición de sus *Obras Completas* y en lugar destacado escribe Paz en nota a pie: "La influencia de Ortega y Gasset y de las publicaciones filosóficas de la *Revista de Occidente* fue decisiva en mi iniciación" ("La casa de la presencia", *Obras Completas*, vol. I, p. 24). Añade que la influencia de José Gaos revistió también gran importancia. En una obra tardía y autobiográfica en la que el poeta reconstruye su trayectoria *política* (subrayo para sugerir que no es intelectual *in genere*) Paz menciona a Ortega hasta cinco veces (Cfr. Octavio PAZ, *Itinerario*. Ed. cit., pp. 24, 47, 49, 81 y 82). Si bien es verdad que el único texto de Paz sobre Ortega es el que aquí presentamos, también lo es que una ojeada a los índices de nombres propios que acompañan los catorce volúmenes de sus *Obras completas*, señalan una sobreabundancia de referencias y menciones a Ortega y Gasset. Y lo que es más importante e intentaré mostrar (porque para demostrar no hay ni tiempo ni espacio): el pensamiento de Paz está influido o, si se prefiere, está conceptualmente inspirado por el de Ortega en dos de sus tres temas ensayísticos fundamentales, a saber, la política y la historia, quedando el tercero de éstos, la poesía y la experiencia literaria en general, al margen de dicha influencia. Añadiré que no se ha dicho que la de Ortega sea única o predominante en esos campos. Sólo que también está junto con las reconocidas y proclamadas de Sartre, Gaos y Alfonso Reyes, Bretón y el surrealismo, Lévy-Strauss y el estructuralismo, K. Papaionnau y cierta tradición marxista disidente, y, naturalmente, su amplia, valiente y original lectura de los maestros de la Modernidad (poética, filosófica e histórica) que constituye (y es otro rasgo que le aproxima a Ortega) el sistema vertebral de su pensamiento.

[4] La conferencia que dictó Ortega se titulaba "Pasado y porvenir para el hombre actual", José ORTEGA Y GASSET, *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente/Alianza Editorial, cfr. IX, 645-664.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Paz afirma rotundo que Ortega es un ensayista y que no necesita ser más. Tampoco menos. Lo asocia al venerable Montaigne y señala que en ciertos respectos sus análisis están más cerca de Stendhal que de Kant. También establece comparaciones, favorables para Ortega, con algunos grandes intelectuales del siglo como Sartre (se equivocó demasiado) y Russell (fue incoherente en sus posiciones políticas). Lo defiende de algunas acusaciones, como la de que monologaba demasiado, cosa que desmiente con su propia experiencia de la charla en el hotel, o que se permitía "asperezas y arrogancias"[5]. Sobre todo, rechaza que la obra de Ortega esté menoscabada por la ausencia de "mamotretos" sistemáticos, deductivos (en eso no coincide con su maestro Gaos). La fidelidad a la forma ensayo fue una lección a la vez teórica y estética, sostiene Paz, creando un estilo en el que se combina "el rigor intelectual con una necesidad estética de expresión personal"[6].

En cuanto a los argumentos centrales del pensamiento orteguiano que destaca en nuestro ensayo, los principales se comentarán más adelante. Ahora observaré que subraya en exceso, a mi parecer equivocadamente, la dimensión pragmática del conocimiento según la razón vital. Es verdad que para Ortega, las ideas tienen una dimensión de acción, en tanto que respuesta a la circunstancia, pero son igualmente fruto del ensimismamiento, y por ello, entes puramente intelectuales: teoría y no práctica. Por contra, capta con una precisión notable uno de los rasgos decisivos, pero que suelen pasar desapercibidos, de la filosofía orteguiana: el carácter creador, por tanto, sometido a cambio y a degradación, que tienen la producción y acción humanas, incluidas las más altas expresiones de la cultura: todas las creencias, todas las ideas "no son sino artificios para seguir [el hombre] suspendido en el aire y no recaer en la inercia animal de antes del principio. La historia es nuestra condición y nuestra libertad". Vida, apostilla Paz, sin raíces, más allá de la naturaleza. Y, como he señalado, le hace tres reproches: no haber sabido hablar de sí mismo; ignorar la dimensión de trascendencia de las ideas, es decir, no ser platónico, y no tratar de asumir en su obra el peso de la destrucción y de la muerte. Esta última me

[5] En otro lugar, quizá por ser otra la circunstancia, mucho menos favorable para Ortega a finales de los sesenta, escribió Paz: "Ortega y Gasset ha sido una de las víctimas de los caínes españoles e hispanoamericanos. No contentos con plagiarlo, varias veces han querido enterrarlo. Resucita más vivo después de cada entierro. Pocos ensayistas modernos se le pueden comparar", cfr. "Una de cal..." (1967), *Obras Completas*, vol. III, p. 283.

[6] A pesar de la longitud de la cita no renuncio a añadir este elogio del estilo de Ortega: "Ortega y Gasset ha creado una prosa que no se rehúsa a la plasticidad de la imagen. Prosa solar, las ideas desfilan bajo una luz de mediodía, cuerpos hermosos en un aire transparente y resonante, aire de alta meseta hecha para los ojos y la escultura. Nunca las ideas se habían movido con mayor donaire: 'hay estilos de pensar que son estilos de danzar'", cfr. *El arco y la lira*. México: FCE, 1979 [1956], pp 90-91.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

parece de injusta aplicación a una obra que además de haber insistido en que la vida humana es estructuralmente naufragio y ruina[7], afirma que la humana vida se compone por igual de la dimensión gozosa del esfuerzo y de la trágica del fracaso[8]. Quizá Paz no haya caído en la profunda y elegante ironía que sostiene Ortega acerca de la muerte: que en realidad la muerte es siempre una experiencia más allá de la vida, por lo tanto algo de lo que no podemos hablar. De "nuestra muerte" nada sabemos y la de los demás nos es profundamente misteriosa. La vivimos como soledad, la soledad en la que nos dejan los que parten hacia su más allá[9].

Finalmente, y creo que es lo mejor del artículo, Paz evoca a un Ortega viejo pero aún entusiasmado con su oficio de pensar. Con pocos trazos certeros y luminosos Paz traza la semblanza de un hombre del mediterráneo, mirada de ave rapaz que refleja en su atención al mundo los dos movimientos de su carácter: entusiasmo y melancolía, los dos rasgos, según Aristóteles, de la vida del espíritu.

2

No deseo convertir a Octavio Paz en un discípulo de Ortega, en un "orteguiano", esa variante zoológica declarada en extinción en varias ocasiones y que se resiste a desaparecer. Sería más exacto, sirviéndonos del título de uno de sus libros, hablar de *conjunciones y disyunciones*, es decir, convergencias y divergencias. Dejando fuera el campo de la poesía, decisivo para Paz, incidental para el filósofo, la sombra de su pensamiento se hace presente en la obra del poeta mejicano en dos de los temas que más espacio han ocupado en sus libros: la historia y la política.

En este último terreno, pedregoso y resbaladizo a un tiempo, no parece haber sitio para las coincidencias. Salta a la vista un hecho que parece hacer espúrea la comparación: las circunstancias históricas y los conflictos políticos que vivieron uno y otro son distintos y, aparentemente, sin puntos de contacto. Ortega vive el largo ocaso de la Restauración, puro siglo XIX, y la irrupción traumática de la modernidad política en relación con el advenimiento de

[7] A título de muestra, pues se podrían multiplicar las referencias: "Porque la vida es por lo pronto un caos donde uno está perdido" (IV, 254); "La vida es en sí misma y siempre un naufragio" (IV, 397).

[8] Ortega escribe en *La idea de principio en Leibniz*: "La vida es precisamente la unidad radical y antagónica de esas dos dimensiones entitativas: muerte y constante resurrección o voluntad de existir *malgré tout*, peligro y jocundo desafío al peligro, «desesperación» y fiesta, en suma, «angustia» y «deporte»" (VIII, 297).

[9] Sobre la muerte, vid. la lección V del curso *En torno a Galileo*, especialmente V, 62-63.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

la República a la que apoya, critica y abandona sucesivamente. Como es sabido ese alejamiento de la vida pública, marcado por su ruptura con la causa republicana será definitivo. Posteriormente, Ortega sólo se ocupará de cuestiones políticas en términos estrictamente teoréticos.

Para Paz, su horizonte político viene definido por dos hechos con los que dialogará toda su vida: la revolución mejicana y su carácter ambivalente, a la vez arcaico y modernista, a cuyo esclarecimiento dedica su primer gran ensayo, *El laberinto de la soledad* (1950); y la expansión mundial de la revolución bolchevique, la controversia que el comunismo iba a introducir en el corazón de la intelectualidad occidental sobre el modelo de sociedad que se apoderaría del futuro. Paz fue beligerante, como hombre y como escritor, en ambos frentes. Vive como hecho incontrovertible de su generación, la que entra en la vida pública entre 1930 y 1940, el haber sentido "una inmensa simpatía por la Revolución rusa y el comunismo"[10]. Ninguna coincidencia, pues, con un Ortega que había hecho el diagnóstico del fracaso del bolchevismo en el mundo occidental hacia 1930 en un libro que sin duda leyó Paz, aunque es de los que menos rastro dejan en su obra: *La rebelión de las masas*[11]. Quizá podamos hallar el punto de convergencia entre ambos ensayistas si vemos la evolución del pensamiento y actitud políticos de Octavio Paz como un esfuerzo por esclarecer la naturaleza política del comunismo ruso en su papel de utopía redentora para el siglo XX. El progresivo esclarecimiento, basado en datos intachables, del carácter despótico del régimen soviético (posteriormente ampliable a cualesquiera otras "revoluciones" como la china o la cubana), encaminó a Paz a no equiparar con estos sistemas políticos las por entonces llamadas democracias formales o burguesas. Respecto de esa evolución no podemos aquí entrar en detalles. Paz se mostró muy pronto tibio "por no decir desconfiado" con las personas y organizaciones comunistas, al ser testigo de excepción, como Orwell, en el inmenso campo de experimentación política que era nuestra guerra civil, de sus prácticas totalitarias. Mantuvo no obstante un diálogo permanente con la tradición filosófica marxista. Sus ensayos de los años sesenta revelan una preocupación, a la vez apasionada y escéptica, por comprender y rebatir

[10] Octavio PAZ, *Itinerario*. Ed. cit., pp. 34-35.

[11] Para no simplificar excesivamente conviene matizar que Ortega predice el fracaso del comunismo como ideología del hombre-masa, al igual que el del fascismo, por no tomar en cuenta que Europa vive desde ciertas convicciones últimas que son profundamente liberales y democráticas. Sin embargo en las últimas páginas de *La rebelión* (edición de 1930) avisa sobre la posibilidad de que la ejemplaridad moral de la revolución rusa pudiera prender en una Europa precisamente desmoralizada, es decir, necesitada de un proyecto político de futuro. Cfr. "X. Primitivismo e historia" y "XV. Se desemboca en la verdadera cuestión", cfr. José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*. Edición de Thomas Mermall. Madrid: Castalia, 1998, pp. 198 y ss. y 286 y ss., respectivamente.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

la visión de la sociedad y la historia de la que surgían las posiciones políticas que compartían sus amigos y compañeros de generación de izquierdas, tanto en América como en Europa. Pero muy pronto establece un criterio de orientación en la acción y el diálogo políticos: el descubrimiento del *Gulag* soviético y la exigencia moral de denunciarlo[12].

A partir de aquí podemos hallar algunas coincidencias con Ortega, aunque sólo comentaré una: aspiran a que la acción política sea regida por un *ethos* liberal, entendiendo por tal el que se basa en una concepción individualista y libertaria de la vida humana y ve la política como invención y reforma de instituciones que tienen en el respeto a la persona su límite y su razón de ser: "Haber olvidado al hombre concreto fue el gran pecado de las ideologías políticas de los siglos XIX y XX"[13]. Si se quiere llamar a eso "liberalismo político"... Desde luego, los enemigos de Octavio Paz prefirieron otros apelativos, lo que apunta a una obvia coincidencia con los calificativos que más frecuentemente se usan para "describir" la ideología política de Ortega. En efecto, al final de su autobiografía política se queja Paz: "Mis adversarios no han dejado de llamarme 'derechista' y 'conservador' [...] No es difícil adivinar la razón de sus dicterios: desde 1950 me negué a equiparar a las democracias liberales capitalistas con los regímenes totalitarios comunistas"[14]. En fin, creo que la coincidencia entre los dos ensayistas se origina en una comprensión de lo político como algo que acontece entre hombres libres, agentes morales cuya práctica en el marco de los principios del estado pluralista y democrático, de respeto a los derechos humanos fundamentales, es inexcusable e irrenunciable[15].

---

[12] Como ejemplo del diálogo con el pensamiento marxista puede verse "Las dos razones" (1964), que por cierto contiene el análisis comparativo de Sartre y Ortega más minucioso de los varios que escribió Paz. Cfr. Octavio PAZ, *Los signos en rotación y otros ensayos*. Madrid: Alianza, 1971, pp. 261-300. Y para la exposición y crítica del fenómeno concentracionario en la URSS, "Los campos de concentración soviéticos", nota publicada en la revista *Sur* en la precoz fecha de 1951, y "Gulag: entre Isaías y Job" (1975). Ambos en Octavio PAZ, *El ogro filantrópico*. Barcelona: Seix Barral, 1979.

[13] En el "Prólogo para franceses" de *La rebelión de las masas*, escrito en 1937, afirmaba Ortega: "Acaso la estructura de la vida en nuestra época impide superlativamente que el hombre pueda vivir como persona" (V, 132).

[14] Octavio PAZ, *Itinerario*. Ed. cit., p. 111.

[15] En una reciente reseña publicada en *El País* (*Babelia*, 16 de marzo de 2002, p. 13) motivada por la aparición de la recopilación de los escritos políticos de Octavio Paz, Carlos Malamud escribe: "¿Es posible encasillar a Octacio Paz? ¿Con qué corriente ideológica se lo identificaría? Estas preguntas tienen difícil respuesta... ". Estoy de acuerdo y no me gustaría haber encorsetado a Paz en ninguna desprestigiada tradición. El propio Malamud advierte poco después que "es difícil pensar en Paz como un liberal". Sea, pero todo depende de lo que se quiera decir con el término. El propio Paz en ocasión tan solemne como el discurso de recepción del premio Cervantes, titulado casualmente "La herencia liberal", recuerda el sentido que "liberal" ha teni-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

En cuanto a las coincidencias en el tema de la historia, que tanto preocupó a ambos autores, lo primero a tener en cuenta es que muchos de sus maestros fueron comunes (conocidos a través del magisterio orteguiano): Dilthey y Simmel son mencionados por Paz. También que su concepción de la cultura como suelo de la historia se aproxima más a la de Nietzsche que a la de Marx. Un punto de convergencia entre sus respectivas reflexiones sobre la historia se halla en el hecho de que ambos autores son conscientes de que Occidente vive una crisis histórica de incalculables consecuencias, inseparable de la quiebra de los modelos progresistas y utópicos fundados en el programa filosófico del idealismo. Aunque tomen el nivel de la crisis en momentos distintos, los motivos y los síntomas son semejantes: el fin del ciclo revolucionario que la Europa ilustrada y romántica ha vivido desde 1789. Paz reconoce que el primer autor en ver el giro que daba la historia fue Ortega en un texto que acompañaba *El tema de nuestro tiempo*, titulado "El ocaso de las revoluciones"[16]. Y Paz caracteriza el tiempo que le ha tocado vivir como del "fin de periodo revolucionario de Occidente", contraponiendo las formas de la revolución a las de la rebelión.

Otros temas orteguianos pertenecientes a la razón histórica y que Paz hace suyos son la teoría de las generaciones, con su alternancia de ritmos históricos y su cambio de sensibilidades, y, sobre todo, la distinción entre ideas y creencias que Paz considera un gran hallazgo para comprender la articulación entre el plano visible y expresable de las formas culturales (ideas) y el profundo e invisible pero conformador del espíritu del tiempo, cambiante también, pero mucho más resistente (creencias): el hombre piensa y juega con sus ideas pero vive, como de una fe, de sus creencias[17]. No obstante, algún juicio expreso que hace Paz sobre la filosofía de la historia de Ortega no es muy halagüeño: "La razón histórica, me parece una versión apenas remozaba del vitalismo y del historicismo alemanes"[18].

Pero la coincidencia más significativa entre ambos autores se da, a mi modo de ver, en el ámbito más profundo de sus respectivas concepciones de lo real y

---

do en nuestras letras, "no como una idea o una filosofía sino como un temple y una disposición de ánimo". Y añade: "Con Cervantes comienza la crítica de los absolutos: comienza la libertad" (*Obras Completas*, vol. III. p. 307).

[16] La primera edición de *El tema de nuestro tiempo* es de 1923. Paz reseñó ampliamente el libro en un temprano texto titulado "Razón de ser", publicado en la revista *Taller*, 12 (1939), pp 30-34.

[17] Cfr. José ORTEGA Y GASSET, *Ideas y creencias* (V, 379) y ss. Paz: "Ortega y Gasset distinguía, me parece que con bastante razón, dos dominios: el de las ideas y el de las creencias. Las creencias viven en capas más profundas del alma y por eso cambian mucho menos que las ideas". Cfr. Octavio PAZ, *El ogro filantrópico*. Ed. cit., p. 21.

[18] Octavio PAZ, *Los signos en rotación y otros ensayos*. Ed. cit., p. 263.

lo humano: ambos creen que la historia no está escrita. No conciben a los hombres como marionetas tironeadas desde detrás de un tablado por un Dios, idea dominante desde Platón a Marx. No hay ley del progreso sino contingencia, permanente riesgo de perder las formas ganadas por la civilización. La historia es el ámbito de la libertad, ciertamente de una libertad atravesada por el destino de las circunstancias y el resto de condicionamientos con los que el hombre tiene que aprender a hacer su vida: "Nos enseñó que el paisaje no es un estado del alma y que, tampoco, somos meros accidentes del paisaje". En efecto, Paz resume el mensaje esencial que contiene la obra de Ortega: la lucha contra el subjetivismo y el determinismo, tan característicos del siglo XIX y de sus dramáticas pervivencias en el XX. Dice Ortega: el hombre no tiene naturaleza sino que es historia. Y añade Paz: no hay regreso pero tampoco hay punto de llegada. Somos tránsito.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

OCTAVIO PAZ

José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué

Escribo estas líneas con entusiasmo y temor. Entusiasmo porque admiré siempre a José Ortega y Gasset; temor porque –aparte de mis personales insuficiencias– no creo que se pueda resumir ni juzgar en un artículo a una obra filosófica y literaria tan vasta y variada como la suya. Una filosofía que se resume en una frase no es filosofía sino religión. O su contrahechura: ideología. El budismo es la más intelectual y discursiva de las religiones; sin embargo, un *sutra* condensa toda la doctrina en el monosílabo *a*, la partícula de la negación universal. También el cristianismo puede enunciarse en una o dos frases, como "Amaos los unos a los otros" o "Mi reino no es de este mundo". Lo mismo ocurre, en un nivel inferior, con las ideologías. Por ejemplo: "La historia universal es la historia de la lucha de clases" o, en el campo liberal, "El progreso es la ley de las sociedades". La diferencia consiste en que las ideologías pretenden hablar en nombre de la ciencia. Como dice Alain Besançon: el hombre religioso *sabe que cree* mientras que el ideólogo *cree que sabe* (Tertuliano y Lenin). Las máximas, las sentencias, los dichos y los artículos de fe no empobrecen a la religión: son semillas que crecen y fructifican en el corazón de los fieles. En cambio, la filosofía no es nada si no es el desarrollo, la demostración y la justificación de una idea o una intuición. Sin explicación no hay filosofía. Tampoco, naturalmente, crítica de la obra filosófica.

A la dificultad de reducir a unas cuantas páginas un pensamiento tan rico y complejo como el de Ortega y Gasset, hay que añadir el carácter de sus escritos. Fue un verdadero ensayista, tal vez el más grande de nuestra lengua: es decir, fue maestro de un género que no tolera las simplificaciones de la sinopsis. El ensayista tiene que ser diverso, penetrante, agudo, novedoso y dominar el arte difícil de los puntos suspensivos. No agota su tema, no compila ni siste-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

matiza: explora. Si cede a la tentación de ser categórico, como tantas veces le ocurrió a Ortega y Gasset, debe entonces introducir en lo que dice unas gotas de duda, una reserva. La prosa del ensayo fluye viva, nunca en línea recta, equidistante siempre de los dos extremos que sin cesar la acechan: el tratado y el aforismo. Dos formas de la congelación.

Como buen ensayista, Ortega y Gasset regresaba de cada una de sus expediciones por tierras desconocidas con hallazgos y trofeos insólitos pero sin haber levantado un mapa del nuevo territorio. No colonizaba: descubría. Por eso no he comprendido nunca la queja de los que dicen que no nos dejó libros completos (o sea: tratados, sistemas). ¿No se puede decir lo mismo de Montaigne y de Thomas Browne, de Renan y de Carlyle? Los ensayos de Schopenhauer no son inferiores a su gran obra filosófica. Lo mismo sucede, en nuestro siglo, con Bertrand Russell. El mismo Wittgenstein, autor del libro de filosofía más riguroso y geométrico de la Edad Moderna, sintió después la necesidad de escribir libros más afines al ensayo, hechos de reflexiones y meditaciones no sistemáticas. Fue una fortuna que Ortega y Gasset no haya sucumbido a la tentación del tratado y la suma. Su genio no lo predisponía a definir ni a construir. No fue geómetra ni arquitecto. Veo a sus obras no como un conjunto de edificios sino como una red de caminos y ríos navegables. Obra transitable más que habitable: no nos invita a estar sino a caminar.

Es asombrosa la diversidad de temas que tocó. Más asombroso es que, con frecuencia, esa variedad de asuntos se resolviese en auténticos hallazgos. Mucho de lo que dijo todavía es digno de ser retenido y discutido. Hablé antes de la extraordinaria movilidad de su pensamiento: leerlo es caminar a buen paso por senderos difíciles hacia metas apenas entrevistas; a veces se llega al punto de destino y otras nos quedamos en los alrededores. No importa: lo que cuenta es romper caminos. Pero leerlo también es detenerse ante esta o aquella idea, dejar el libro y arriesgarse a pensar por cuenta propia. Su prosa convoca verbos como incitar, instigar, provocar, aguijonear. Algunos le han reprochado ciertas asperezas y arrogancias. Aunque yo también lamento esas acrimonias, comprendo que nuestros países –siempre adormilados, sobre todo cuando están poseídos, como ahora, con frenéticas agitaciones– necesitan esos acicates y pinchazos. Otros lo censuran porque no supo hablar en voz baja. También es cierto. Me pregunto, sin embargo, ¿cómo no alzar la voz en países de energúmenos y de aletargados? Añado que sus mejores textos, más que estimularnos, nos iluminan. Son algo inusitado en español: ejercicios de claridad que son también tentativas de nitidez. Ése fue uno de sus grandes regalos a la prosa de nuestra lengua: mostró que ser claro es una forma del aseo intelectual.

Sus ensayos sobre lo que no sé si llamar psicología social o historia del alma colectiva –la distinción entre ideas y creencias o entre el espíritu revoluciona-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

rio y el tradicional, sus reflexiones sobre la evolución del amor en Occidente o sobre la moda, lo femenino y lo masculino, los viejos y los jóvenes, los ritmos vitales y los históricos– hacen pensar más en Montaigne que en Kant y más en Stendhal que en Freud. Quiero decir: era un filósofo que tenía el don de penetrar en las interioridades humanas. Pero este don no era el del psicólogo profesional sino el del novelista y el historiador, que ven a los hombres no como entidades solitarias o casos aislados sino como partes de un mundo. Para el novelista y el historiador cada hombre es ya una sociedad. Aunque le debemos memorables ensayos sobre temas históricos, es lástima que nunca se le haya ocurrido, como a Hume, escribir una historia de su patria. *España invertebrada* había sido un admirable y memorable comienzo: ¿por qué no siguió? También es revelador que no haya usado sus poderes de adivinación psicológica para verse a sí mismo. No fue un introverso y no me lo imagino escribiendo un diario. Hay algo que echo de menos en su obra: la confesión. Sobre todo la indirecta, a la manera de Sterne. Tal vez la pasión por su circunstancia –su gran descubrimiento y el eje de su pensamiento– le impidió verse a sí mismo.

Su idea del yo fue histórica. No el yo del contemplativo, que ha cerrado la puerta al mundo, sino el del hombre en relación –más justo sería decir: en combate– con las cosas y los otros hombres. El mundo, según lo explicó muchas veces, es inseparable del yo. La unidad o núcleo del ser humano es una relación indisoluble: el yo es tiempo y espacio; o sea: sociedad, historia –acción. No es extraño, así, que entre sus mejores ensayos se encuentren algunos que tratan temas históricos y políticos, como *La rebelión de las masas*, *El tema de nuestro tiempo*, *El ocaso de las revoluciones* (lleno de extraordinarias adivinaciones sobre lo que pasa hoy, aunque nubladas por una idea cíclica de la historia que no le dejó ver enteramente el carácter *único* del mito revolucionario), *Meditación de la técnica* y tantos otros. Ortega y Gasset tuvo, como Tocqueville, la facultad eminentemente racional de ver lo que va a venir. Su lucidez contrasta con la ceguera de tantos de nuestros profetas. Si se comparan sus ensayos sobre temas de historia y política contemporánea con los de Sartre se descubre inmediatamente que tuvo mayor lucidez y penetración que el filósofo francés. Se equivocó menos, fue más consciente y así se ahorró (y nos ahorró) todas esas rectificaciones que afean la obra de Sartre y que terminaron con el tardío *mea culpa* de sus últimos días. La comparación con Bertrand Russell tampoco es desfavorable para Ortega y Gasset: la historia de sus opiniones políticas, sin ser del todo coherente, no abunda en las contradicciones y piruetas de Russell, que iba de un extremo al otro. Se pueden aprobar o reprobar sus ideas políticas pero no se le puede acusar de incongruencia como a los otros.

Me parece que he sido un poco infiel a la índole de su obra al hablar del *pensamiento* de Ortega y Gasset. Habría que decir, más bien, los *pensamientos*. El

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

plural se justifica no porque su pensar carezca de unidad sino porque se trata de una coherencia rebelde al sistema y que no se puede reducir a un encadenamiento de razones y proposiciones. A pesar de la variedad de asuntos que trató, no nos dejó una obra dispersa. Al contrario. Pero a su genio no le conviene la forma de la teoría, en el sentido recto de la palabra, ni la de la demostración. Él usó a veces el término *meditación*. Es exacto, pero *ensayo* es más general. Mejor dicho: los ensayos, pues el género no admite el singular. Aunque la unidad de estos ensayos es, claro, de orden intelectual, su raíz es vital e incluso, me atreveré a decirlo, estética. Hay una manera de pensar, un *estilo*, que sólo es de Ortega y Gasset. En ese *modo operatorio*, que combina el rigor intelectual con una necesidad estética de expresión personal, está el secreto de su unidad. Ortega y Gasset no sólo pensó sobre esto y aquello sino que, desde sus primeros escritos, decidió que esos pensamientos, incluso los heredados de sus maestros y de la tradición, llevarían su sello. Pensar fue, para él, sinónimo de expresar. Lo contrario de Spinoza, que deseaba ver su discurso purgado de las impurezas y accidentes del yo, como la cristalización verbal de las matemáticas, es decir, del orden universal. En esto Ortega y Gasset no fue muy distinto del padre del ensayo, Montaigne. Muchas de las ideas de Montaigne vienen de la Antigüedad y de algunos de sus contemporáneos pero su indiscutible originalidad no está en su lectura de Sexto Empírico sino en la manera en que vivió y revivió esas ideas y como, al repensarlas, las cambió, las hizo suyas y, así, las hizo nuestras.

El número de ideas –lo que se llama *ideas*– no es infinito. La especulación filosófica, desde hace dos mil quinientos años, ha consistido en variaciones y combinaciones de conceptos como el movimiento y la identidad, la substancia y el cambio, el ser y los entes, lo uno y lo múltiple, los primeros principios y la nada, etc. Naturalmente, esas variaciones han sido lógica, vital e históricamente *necesarias*. En el caso de Ortega y Gasset este repensar la tradición filosófica y el pensamiento de su época culminó en una pregunta sobre el *para qué* y el *cómo* de las ideas. Las insertó en la vida humana: cambiaron así de naturaleza, no fueron ya esencias que contemplamos en un cielo inmóvil sino instrumentos, armas, objetos mentales que usamos y vivimos. Las ideas son las formas de la convivencia universal. La pregunta sobre las ideas lo llevó también a investigar lo que está debajo de ellas y que quizá las determina: no el principio de razón suficiente sino el dominio de las creencias informes. Es una hipótesis que, bajo otra forma, ha reaparecido en nuestros días: las *creencias* de Ortega y Gasset son, para Georges Dumézil, las estructuras psíquicas elementales de una sociedad, presente lo mismo en su lenguaje que en sus concepciones del otro mundo y de ella misma. La razón de la enorme influencia que ejerció Ortega y Gasset sobre la vida intelectual de nuestros países está, sin du-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

da, en esta concepción suya de las ideas y los conceptos como *para qués* y *cómos*. Dejaron de ser entidades fuera de nosotros y se convirtieron en dimensiones vitales. Su enseñanza consistió en mostrarnos para qué servían las ideas y cómo podíamos usarlas: no para conocernos a nosotros mismos ni para contemplar las esencias sino para abrirnos paso en nuestras circunstancias, dialogar con nuestro mundo, con nuestro pasado y con nuestros semejantes.

El discurso de Ortega y Gasset fue con frecuencia un monólogo. Muchos lo han lamentado, con alguna razón. No obstante, hay que confesar que ese monólogo nos enseñó a pensar y nos hizo hablar, ya que no con nosotros mismos, con nuestra historia hispanoamericana. Nos enseñó que el paisaje no es un estado del alma y que, tampoco, somos meros accidentes del paisaje. La relación entre el hombre y su paisaje es más compleja que la antigua relación entre sujeto y objeto. El paisaje es un aquí visto y vivido desde mí: ese *desde mí* es siempre un *desde aquí*. La relación entre uno y otro polo es, más que diálogo, interacción. Las ideas son reacciones, actos. Esta visión, a un tiempo erótica y polémica del destino humano, no desemboca en ningún más allá. No hay más trascendencia que la del acto o la del pensamiento que, al realizarse, se agotan: entonces, so pena de extinción, hay que volver a comenzar. El hombre es el ser que continuamente se hace y se rehace. El gran invento del hombre son los hombres.

Visión prometeica y también trágica: si somos un perpetuo hacernos, somos un eterno recomienzo. No hay descanso: fin y comienzo son lo mismo. Tampoco hay naturaleza humana: el hombre no es algo dado sino algo que se hace y se inventa. Desde el principio del principio, lanzado fuera de sí y fuera de la naturaleza, es un ser en vilo: todas sus creencias –lo que llamamos cultura e historia– no son sino artificios para seguir suspendido en el aire y no recaer en la inercia animal de antes del principio. La historia es nuestra condición y nuestra libertad: es aquello en que estamos y aquello que hacemos. Pero la historia no consiste, en resumidas cuentas, sino en un vivir en el aire, sin raíces, fuera de la naturaleza. Siempre me ha asombrado esta visión del hombre como una criatura en lucha permanente contra las leyes de la gravedad. Sólo que es una visión en la que no aparece la otra cara de la realidad: la historia como incesante producción de ruinas, el hombre como caída y perpetuo deshacerse. A la filosofía de Ortega y Gasset, me temo, le faltó el peso, la gravedad, de la muerte. Hay dos grandes ausentes en su obra: Epicteto y San Agustín.

Su acción intelectual se desplegó en tres direcciones: sus libros, su cátedra y la *Revista de Occidente* con sus publicaciones. Su influencia marcó profundamente la vida cultural de España y de Hispanoamérica. Por primera vez, después de un eclipse de dos siglos, el pensamiento español fue escuchado y discutido en los países hispanoamericanos. No sólo se renovaron y cambiaron

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

nuestros modos de pensar y nuestra información: también la literatura, las artes y la sensibilidad de la época ostentan las huellas de Ortega y Gasset y su círculo. Entre 1920 y 1935 predominó entre las clases ilustradas, como se decía en el siglo XIX, un *estilo* que venía de la *Revista de Occidente*. Estoy seguro de que el pensamiento de Ortega será descubierto, y muy pronto, por las nuevas generaciones españolas. No concibo una cultura hispánica *sana* sin su presencia. Será, claro, un Ortega y Gasset distinto al que nosotros conocimos y leímos: cada generación inventa a sus autores. Una España más europea –como la que ahora se dibuja– sentirá mayor afinidad con la tradición que representa Ortega y Gasset, que es la que siempre ha mirado hacia Europa. Pero la cultura europea vive años difíciles y no puede ser ya la fuente de inspiración que fue a principios de este siglo. Además, España es también americana, como lo vio admirablemente Valle-Inclán y no lo vieron ni sintieron Unamuno, Machado y el mismo Ortega y Gasset. Tampoco los poetas de la generación de 1927, a pesar de su descubrimiento de Neruda, sintieron y comprendieron de veras a Hispanoamérica. Así, regresar a Ortega y Gasset no será repetirlo sino, al continuarlo, rectificarlo.

En esta obra vasta, rica y diversa advierto tres omisiones. Ya he mencionado dos. La primera es la mirada interior, la introspección, que se resuelve siempre en ironía: no se vio a sí mismo y por eso, quizá, no supo sonreír ante su imagen en el espejo. Otra es la muerte, el deshacerse que es todo hacerse. El hombre de Ortega y Gasset es un ser intrépido y su signo es Sagitario; sin embargo, aunque puede mirar al sol de frente, nunca ve a la muerte. La tercera son las estrellas. En su cielo mental se han desvanecido los astros vivos e inteligentes, las ideas y las esencias, los números vueltos luz, los espíritus ardientes que arrobaron a Plotino y a Porfirio. Su filosofía es la del pensamiento como acción; pensar es hacer, construir, abrirse paso, convivir: no es ver ni es contemplar. La obra de Ortega y Gasset es un apasionado pensar sobre este mundo pero en su mundo faltan los otros mundos que son el otro mundo: la muerte y la nada, reversos de la vida, la historia y la razón; el reino interior, ese territorio secreto descubierto por los estoicos y que fue explorado, primero que nadie, por los místicos cristianos; y la contemplación de las esencias o, como decía Sor Juana Inés de la Cruz en el único poema realmente filosófico de nuestra lengua, *Primero Sueño*, la contemplación de lo invisible, en el modo posible,

> no sólo ya de todas las criaturas
> sublunares, mas aun también de aquellas
> que intelectuales claras son Estrellas...

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Tal vez podría argüirse que el pensamiento de Ortega y Gasset nos libera de la adoración de las estrellas, es decir, de la red de la metafísica; las ideas no están en ningún cielo mental: nosotros las hemos inventado con nuestros pensamientos. No son los signos del orden universal ni el trasunto de la armonía cósmica: son luces inciertas que nos guían en la obscuridad, señales que nos hacemos los unos a los otros, puentes para pasar a la otra orilla. Pero esto es, justamente, lo que echo de menos en su obra: no hay otra orilla, no hay otro lado. El *raciovitalismo* es un solipsismo, un callejón sin salida. Hay un punto en que la tradición occidental y la oriental, Plotino y Nagarjuna, Chuang Tseu y Schopenhauer, se unen: el fin último, el bien supremo, es la contemplación. Ortega y Gasset nos enseñó que pensar es vivir y que el pensamiento separado de la vida pronto deja de ser pensamiento y se vuelve ídolo. Tenía razón pero su razón cercenó la otra mitad de la vida y del pensamiento. Vivir es también, y sobre todo, vislumbrar la otra orilla, sospechar que hay orden, número y proporción en todo lo que es y que, como decía el poeta Spenser, el movimiento mismo es una alegoría del reposo: "That time when no more Change shall be, / But stedfast rest of all things firmely stayed / Upon the pillours of Eternity" (*Mutability Cantos*). Por todo esto, sus reflexiones sobre la historia, la política, el conocimiento, las ideas, las creencias, el amor, son un saber –no una sabiduría.

Este artículo –escrito sin notas y fiado a mi memoria– no es un examen de las ideas de Ortega y Gasset sino de la impresión que han dejado en mí. Como tantos otros hispanoamericanos de mi edad, frecuenté sus libros con pasión durante mi adolescencia y mi primera juventud. Esas lecturas me marcaron y me formaron. Él guió mis primeros pasos y a él le debo algunas de mis primeras alegrías intelectuales. Leerlo en aquellos días era casi un placer físico, como nadar o caminar por un bosque. Después me alejé. Conocí otros países y exploré otros mundos. Al terminar la guerra me instalé en París. En aquellos años se celebraban en Ginebra unos *Encuentros Internacionales* que alcanzaron cierta notoriedad. Consistían en una serie de seis conferencias públicas, impartidas por seis personalidades europeas y seguidas, en cada caso, por discusiones entre pequeños grupos. En 1951 fui invitado a participar en esas discusiones. Acepté: uno de los seis conferenciantes era nadie menos que Ortega y Gasset. El día de su conferencia lo escuché con emoción. También con rabia: a mi lado algunos provincianos profesores franceses y suizos se burlaban de su acento al hablar en francés. A la salida, quisieron rebajarlo: no sé por qué estaban ofendidos. La discusión, al día siguiente, empezó mal por la malevolencia de los mismos profesores aunque, por fortuna, una generosa e inteligente intervención de Merleau-Ponty enderezó las cosas. Yo no hice mucho caso de aquellas mezquinas disputas: lo que quería era acercarme a Ortega y Gasset y

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

hablar con él. Al fin lo logré y al día siguiente lo visité en el *Hôtel du Rhône*. Lo vi allí dos veces. Me recibió en el bar: una estancia amplia, con muebles rústicos de madera y una enorme ventana que daba al río impetuoso. Una sensación extraña: se veía el agua furiosa y espumeante caer desde una alta esclusa pero, por los gruesos vidrios, no se la oía. Recordé la línea de Baudelaire: *Tout pour l'oeil, rien pour les oreilles*. A pesar de su afición al mundo germánico y sus brumas, Ortega y Gasset era, en lo físico y en lo espiritual, un hombre del Mediterráneo. Ni lobo ni pino: toro y olivo. Un vago parecido –la estatura, los ademanes, el color, los ojos– con Picasso. Con más derecho que Rubén Dario podría haber dicho: "aquí, junto al mar latino / digo mi verdad..." Me sorprendió el llamear de su mirada de ave rapaz, no sé si de águila o de gavilán. Comprendí que, como la yesca, se encendía con facilidad, aunque no por mucho tiempo. Entusiasmo y melancolía, los dos extremos contradictorios del temperamento intelectual según Aristóteles. Me pareció orgulloso sin desdén, que es el mejor orgullo. También abierto y capaz de interesarse por el prójimo. Me recibió con llaneza, me invitó a sentarme y ordenó al mesonero que sirviera unos "whiskies". A sus preguntas, le conté que vivía en París y que escribía poemas. Movió la cabeza con reprobación y me reprendió: por lo visto los hispanoamericanos eran incorregibles. Después habló con gracia, desenvoltura e inteligencia (¿por qué nunca, en sus escritos, usó el tono familiar?) de su edad y de su facha (de torero que se ha cortado la coleta), de las mujeres argentinas (más cerca de Juno que de Palas), de los Estados Unidos (quizá allá brote algo, aunque es una sociedad demasiado horizontal), de Alfonso Reyes y sus ojillos asiáticos (sabía poco de México y ese poco le parecía bastante), de la muerte de Europa y de su resurrección, de la quiebra de la literatura, otra vez de la edad (dijo algo que habría estremecido a Plotino: pensar es una erección y yo todavía pienso) y de no sé cuántas cosas más.

La conversación se deslizaba, a ratos, hacia la exposición; después, hacia el relato: anécdotas y sucedidos. Ideas y ejemplos: un maestro. Sentí que su amor a las ideas se extendía a sus oyentes; me veía para saber si le había comprendido. Frente a él yo existía no como un eco: como una confirmación. Comprendí que todos sus escritos eran una prolongación de la palabra hablada y que ésta era la diferencia esencial entre el filósofo y el poeta. El poema es un objeto verbal y, aunque esté hecho de signos (palabras), su realidad última se despliega más allá de los signos: es la presentación de una forma; el discurso del filósofo se sirve de las formas y de los signos, es una invitación a realizarnos (virtud, autenticidad, ataraxia, qué sé yo). Salí con la cabeza hirviendo.

Lo volví a ver la tarde siguiente. Lo acompañaba Roberto Vernego, un inteligente joven argentino que fue su guía en Suiza y que conocía bien la filosofía alemana y la francesa. Salimos a pasear por la ciudad, Roberto nos dejó y Or-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

tega y yo caminamos un rato, de regreso a su hotel, por la orilla del río. Ahora sí se oía el estruendo del agua cayendo en el lago. Empezó a soplar el viento. Me dijo que la única actividad posible en el mundo moderno era la del pensamiento ("la literatura ha muerto, es una tienda cerrada, aunque todavía no se enteren en París") y que, para pensar, había que saber griego o, al menos, alemán. Se detuvo un instante e interrumpió su monólogo, me tomó por el brazo y, con una mirada intensa que todavía me conmueve, me dijo: "Aprenda el alemán y póngase a pensar. Olvide lo demás". Prometí obedecerlo y lo acompañé hasta la puerta de su hotel. Al día siguiente tomé el tren de regreso a París.

No aprendí el alemán. Tampoco olvidé "lo demás". En esto, al contradecirlo, lo seguí: siempre enseñó que no hay "pensar en sí", que todo pensar es pensamiento hacia o sobre "lo demás". Ese "demás", llámese como se llame, es nuestra circunstancia. "Lo demás", para mí, es la historia; el más allá de la historia se llama poesía. Vivimos un Acabamiento pero acabar no es menos fascinante y digno que comenzar. Acabamientos y comienzos se parecen: en el origen, la poesía y el pensamiento estuvieron unidos; después los separó un acto de violencia a-racional; hoy tienden, casi a tientas, a unirse de nuevo. ¿Y su tercer consejo: "póngase a pensar"? Sus libros, cuando era muchacho, me hicieron pensar. Desde entonces he tratado de ser fiel a esa primera lección. No estoy seguro de pensar ahora lo que él pensó en su tiempo; en cambio, sé que sin su pensamiento yo no podría, hoy, pensar.